

P E D R O F I G A R I

Aceptación definitiva por sus negadores de ayer.

De Witeomb (asalto lleno de riesgos a un público negativo, desencanto de los marcos que no pudieron abrir ventanas de armonía en los tabiques ciegos de las galerías particulares) a los Amigos del Arte.

¿Quienes son los maitres de la opinión? El vulgo intelectual lo rechazó sin escrúpulos; está bien. Pero supongamos que las instituciones estén dirigidas por comprensivos. ¿Cómo lo negaron ayer? ¿Cómo lo aceptan hoy?

Formidable éxito financiero. Sus cuadros han sido disputados como modelos Rue de la Paix.

No nos ilusionemos, estetizantes y gustadores. El arte toca apenas una que otra célula de las manadas humanas. Y en éstas rige la ley animal de los *scñeros*. Uno o dos ejemplares perfectos de mujer, rara vez de hombre, tiranizan la holganza de los grupos. Y la moda es en realidad una autocracia inconsciente. ¿Su motor? La palabra exquisita de la incontestable.

Figari está de moda. Ayer no lo estaba.

Ahora a puerta cerrada.

La estética de Figari discute de inmediato con el espectador. Sus cuadros nos dicen de llegada: Yo no le gusto por que salto muy bruscamente sobre su memoria visual y me pongo a tocar diána hasta que usted siente que se queda sin el mundo que traía de la mano; y porque tengo esta postura y doy este ritmo y este otro etc. Estética bien activa, como toda verdadera concepción artística.

Sus telas son de un dinamismo a veces desconcertante. No dinamismo mecánico de figuras; si dinamismo integral de color en perpetua ebullición, tonalidades que eclosionan; líneas que viajan; ritmos que despiertan; correspondencias altisonantes de valores hu-

mildes que nivelan en sus cuadros todas las categorías objetivas, reinando sola la imagen afectiva. Percepción infantil que transforma un desván en un castillo y un comedor en un bosque. Figari vive su arte a lo Saintleger-Leger. Estamos sin duda fuera de las matemáticas y de la ciencia. Figari crea un mundo para ser relatado, no para ser vivido. Quienes hayan presenciado esos capítulos redivivos del nacimiento del arte, que Rodríguez Lozano y Julio Castellanos nos han traído de Méjico, habrán descubierto un mismo secreto común a la obra de primera intuición de aquellos cerebros infantiles y a la otra de completa conciencia artística del pintor tardío. Pocos artistas han llegado a situarse tan fielmente en la cualidad. De ahí la dificultad que sentimos para transitarlo. En un rincón de un metro cuadrado un niño vive una gran epopeya de gigantes; pero el papá solo ve unos libros, unas cajas de lata y trastos inútiles. Figari tiene en pleno servicio la facultad inhibitoria de lo inmediato que es peculiar de los niños y en menor grado del artista y que produce ese sonambulismo sensorial que hace superponer sensaciones imaginadas a las sensaciones naturales. Y este estado en el que lo objetivo obedece a las leyes arbitrarias de lo subjetivo cuya realización perfecta es el sueño, y en el que hay un acre sabor a vértigo, se descubre con gran lucidez en todas las grandes obras: Leonardo, Tintoretto, Goya.

Los medios en que se realizan artes plásticas como la pintura y la escultura son contrarios a los que ocupan la música y la literatura. El pintor crea presencias concretas: un mundo que se presenta construido y acabado. La imaginación expectante puede a veces superarlo o corregirlo; pero nunca saliéndose de él; el poeta en cambio da referencias; trata de reconstruir por acercamientos de cosas concretas ya conocidas, estados psicológicos distintos del mundo de las formas. Aquí la imaginación está libertada de imposiciones legales; y mientras más pueda intervenir hacia afuera del sujeto que la pone en movimiento más verdad poética contendrá éste. La música y la literatura actúan con símbolos; la pintura con objetos; sus técnicas son opuestas. El pintor debe construir direc-

tamente y sus seres deben dar la sensación de entes orgánicos; no se confunda con *realismo*; los entes del Greco o de Renoir no los hemos visto jamás en la *realidad*; y son tan orgánicos y vivientes como nosotros. Construir es decir empastar de acuerdo a una escala de valores cromáticos y espaciales por debajo de la cual estamos en el ambiente estético, pero no en el arte pictórico. ¿Por qué un dibujo coloreado no tiene tanto valor como un cuadro? Porque el dibujo es solamente un símbolo; los ojos descubren de inmediato su impotencia biológica; es el *recuerdo* de algo vivo que está en otra parte. En pintura, el color y la forma deben ser arbitrarios; pero esos seres fantásticos y aun absurdos, deben estar contruídos reciamente, como todo lo que es vivo. En literatura es una trampa crear atmósfera empleando estratégicamente ciertas palabras genéricas como *glorioso*, *maravilloso*, etc. En pintura es un grave defecto crear un mundo por simplificación de otro.

Figari construye. Su técnica es simple. Es sin duda un pintor de raza como calidad y color. Estamos en un serio ambiente estético donde hay elementos generales a todas las artes; ritmo, color, símbolo, forma; y esta universalidad de medios debilita la percepción concreta de nuestra sensibilidad. El fenómeno artístico es excluyente. En el poético vive tan solo el símbolo; en el musical, el ritmo; en el escultórico la forma y el equilibrio y en el pictórico el color y la forma. En toda la obra de Figari se nota un impulso genial; pero su obra por esa generalidad de elementos estéticos, no toca los límites de lo grandioso.

Casi todos nuestros pintores desprecian el estudio especial de la técnica pictórica; de lo que se llama el oficio. Creo que sin conocer a fondo las posibilidades físicas de los colores en sus combinaciones y en sus capas de empaste y correspondencias vibratorias, ningún pintor puede llegar a crear un mundo y esto es lo que han realizado los cuatro o cinco genios integrales que ha producido la pintura.

B. C.